

¿OÍSTE BIEN?

Lección #1

Una audiología bíblica

UNA VIDA REFORMADA



Prefacio

¿Alguna vez te has congregado en no tan buen estado? Quizá desvelado, o recientemente disgustado con tu esposa o los niños – tal vez enfurecido por el comportamiento del perro antes de salir de casa o desesperado por el tráfico camino al templo. Para cuando llegas a la hora del culto, no estás verdaderamente listo para escuchar un sermón. Pero enfocar la mente y el corazón es precisamente lo que se requiere para tener un oído expositivo.

Escuchar un sermón – realmente escucharlo; meditar, orar, entender el argumento, concentrarse en el significado y la aplicación a tu vida – puede ser una dura labor. Simplemente oír el sermón es bastante fácil, basta con que funcione bien el audio del templo, pero es esencialmente una labor pasiva. Escuchar activamente la exposición de la palabra de Dios es lo que requiere alerta mental, enfocar la atención y mantener un corazón receptivo.

Ese el tipo de atención que Salomón suplicaba recibir de sus hijos: *“Hijo mío, si haces tuyas mis palabras y atesoras mis mandamientos; si prestas oído a la sabiduría y te entregas a la inteligencia; si clamas por inteligencia y discernimiento, si los buscas como si fuera plata o un tesoro escondido, entonces comprenderás lo que es honrar al SEÑOR y encontrarás el conocimiento de Dios”*.
{Proverbios 2:1-5 NBV}

Adquirir un oído expositivo se trata de mantenernos activos; se necesita trabajo y esfuerzo- y eso es precisamente lo que Dios nos llama a hacer cada domingo al congregarnos con el propósito de afirmar nuestra dependencia de Su palabra.

Si la exposición pública de la Biblia es el principal recurso para la vida cristiana, entonces es de vital importancia que nos mantengamos entrenados para escuchar diligentemente la santa palabra de Dios.

***La Escritura entera es inspirada por Dios
y es útil para enseñarnos, para reprendernos,
para corregirnos y para indicarnos
cómo llevar una vida justa. De esa manera,
los servidores de Dios estarán plenamente
capacitados para hacer el bien.
(2 Timoteo 3:16-17)***

***Sé bien que, para los perdidos,
el mensaje de la cruz es una locura,
pero para los salvos, esto es, para nosotros,
es poder de Dios.
(1 Corintios 1:18)***

***Mientras llego, ocúpate en leer públicamente
las Escrituras, en enseñar y en animar
a los hermanos.
(1 Timoteo 4.13)***

Recibiendo la palabra

INTRODUCCIÓN

Es fascinante observar cómo la evolución de la arquitectura de la iglesia a lo largo de la historia narra visiblemente la devaluación de la predicación. En tiempos pasados, los púlpitos se erigían muy por encima de la congregación, y el predicador literalmente tenía que subir un tramo de escaleras para pararse detrás del púlpito. La altura del púlpito representaba la autoridad de la Palabra de Dios gobernando a su pueblo. Con el tiempo, el púlpito bajó al nivel del escenario. Luego se movió a un lado en muchos casos para dejar espacio al altar en el que se administraban los sacramentos. En años más recientes, el histórico púlpito hecho de madera que simbolizaba la grandeza y la solemnidad de la predicación ha sido reemplazado por el atril de acrílico más casual y sofisticado. En algunas iglesias, se han eliminado los púlpitos para liberar espacio a espectáculos de teatro y producciones musicales. Además, sentarse en un taburete promueve una atmósfera mucho más informal y no amenazante para que el hablante comparta sus pensamientos y sugerencias con el público asistente. Incluso, hay iglesias que han llegado al extremo de sentar a su pastor en una silla más junto a la congregación, para comunicar así una "hermenéutica de la humildad". El lugar elevado y sublime de la predicación casi ha desaparecido de la iglesia contemporánea.

No solo el feligrés promedio de hoy ya no aprecia la predicación bíblica; sino que ni siquiera puede ya tolerarla. Los oyentes, desinteresados en escuchar la Palabra de Dios, se han salido con la suya y los pastores complacientes con la gente han obedecido con demasiada facilidad. Esto no debería ser una sorpresa, dado el encargo que Pablo le dio a Timoteo en 2 Timoteo 4: 1-2 con respecto a la obligación del predicador de proclamar fielmente la Palabra – El apóstol advirtió que:

“...llegará el día en que la gente no querrá escuchar la buena enseñanza. Al contrario, querrá oír enseñanzas diferentes. Por eso buscará maestros que le digan lo que quiere oír. ⁴La gente no escuchará la verdadera enseñanza, sino que prestará atención a toda clase de cuentos” (v.3-4 NBV)

Bueno, pues ha llegado ese momento. En marcado contraste con esta lamentable condición se encuentra el testimonio de Pablo sobre la capacidad de respuesta de la iglesia del primer siglo en la ciudad portuaria de Tesalónica. El apóstol Pablo estaba inmensamente agradecido por la manera en que habían **recibido** la predicación de la Palabra de Dios (1 Tes. 2:13). Durante su breve ministerio allí, Pablo experimentó una sensación inusual del poder sobrenatural del Espíritu Santo mientras les predicaba el evangelio. y el Espíritu de Dios usó la Palabra de Dios para realizar una obra asombrosa en sus vidas (1Tes.1:5). Prácticamente de la noche a la mañana, estos paganos idólatras se transformaron radicalmente en devotos seguidores de Jesucristo (1Tes.1:9). ¿Cuál fue la razón de todo este cambio dramático? Habían aceptado su enseñanza - **"lo aceptaron como si lo recibieran de parte de Dios y no de un ser humano."** (2:13 TLA). La palabra **"aceptado"** (recibido) se usaba para describir la bienvenida de un invitado a al hogar. Los tesalonicenses habían abierto de par en par la puerta de sus corazones y abrazaron cálidamente la Palabra como un querido huésped. Ellos comprendieron que al dar la bienvenida de todo corazón a las palabras de la predicación de Pablo, estaban recibiendo el consejo autoritativo de Dios mismo en sus corazones y vidas.

Entonces, ¿Cuál es tu respuesta a la Palabra de Dios? ¿Pablo se entusiasmaría con usted, como lo hizo con los santos tesalonicenses? ¿Cómo estás escuchando la predicación?

Este libro trata específicamente sobre cómo escuchar la proclamación de la Biblia, en la predicación. Si bien se han escrito innumerables libros para predicadores sobre cómo predicar, solo un puñado de libros y artículos se han escrito para los oyentes sobre cómo escuchar.

Los predicadores tienen muchos recursos para capacitarlos y equiparlos para que se conviertan en mejores predicadores, pero los oyentes apenas tienen recursos para capacitarlos y prepararlos para que se conviertan en mejores oyentes. Esto es incluso más asombroso cuando se considera que el número de oyentes supera con creces el número de predicadores y más aún cuando nos damos cuenta de que la Biblia dice más sobre la responsabilidad del oyente de escuchar y obedecer la Palabra de Dios que sobre la responsabilidad del predicador de explicar y aplicar la Palabra de Dios.

De principio a fin, la Biblia está repleta de versículos y pasajes que hablan sobre la necesidad vital de escuchar y obedecer la Palabra de Dios. Dios está muy preocupado por cómo predicán los predicadores - pero basado en la gran cantidad de referencias bíblicas a oír y escuchar, es inconfundible que Dios está igual, si no es que más preocupado por cómo escuchan los oyentes.

UN TRABAJO CONJUNTO

Como ministro llamado por Dios para hablar Su Palabra, soy muy consciente de mi incapacidad como predicador para hacer que los corazones de las personas cambien, lo que me hace totalmente dependiente del Espíritu Santo para llevar a cabo Su obra de transformar corazones y vidas a través de los sermones que predico. Recibo un gran consuelo y confianza en las palabras de J.I. Packer, quien dijo: *"El Espíritu de Dios es soberano. Es sólo por la agencia del Espíritu tanto en el predicador como en los oyentes, que la Palabra de Dios se vuelve invencible. Si la efectividad dependiera finalmente de la sabiduría y el ingenio humanos, ningún predicador se atrevería a decir una palabra, porque ningún predicador llega a sentirse lo suficientemente sabio e ingenioso"*.

Así como soy consciente de mis limitaciones como predicador, confío en que la predicación de la Palabra de Dios *nunca vuelve vacía* (Isa. 55:10-11) -

Sin embargo podríamos decir que todo el esfuerzo que un predicador pone en preparar y pronunciar un sermón es inútil si nadie lo escucha y obedece.

La predicación no es un esfuerzo unilateral. Es una empresa conjunta entre el predicador y el oyente. Los sermones exitosos son el resultado de que el oyente camina junto al predicador, al igual que en el beisbol un receptor trabaja al unísono con un lanzador. Ambos; el lanzador y el receptor tienen un papel importante que desempeñar en el campo. No toda la responsabilidad descansa sobre los hombros del lanzador. Asimismo, la responsabilidad en la predicación no descansa sobre los hombros del predicador. El oyente juega un papel vital en el proceso de predicación. Para que usted reciba el máximo beneficio de los sermones que escucha, debe asociarse con el predicador para que la Palabra de Dios logre su propósito de transformar su vida. Nada crea una atmósfera más potente, electrizante y transformadora que cuando la predicación de un mensajero ungido por el poder del Espíritu Santo golpea como si fuese un rayo los oídos de un oyente iluminado por el mismo Espíritu de Dios. No hay palabras que expresen a plenitud el impacto dinámico que tendrá el Espíritu de Dios a través de la Palabra de Dios en cualquier momento en que alguien que explique y aplique fielmente la Palabra de Dios entre en contacto con alguien que escuche y obedezca fielmente la Palabra de Dios.

Esta poderosa sinergia es la que hace "invencible" a la Palabra de Dios y es la misma que lleva a los predicadores de la Palabra a desbordar gratitud ante la capacidad de respuesta de los oyentes. Los tesalonicenses sabían que no era Pablo hablando, sino Dios hablando, Pablo no tenía reparos en afirmar que hablaba por Dios. Tampoco el apóstol Pedro. Él amonestó a los que tenían el don de predicar y enseñar, diciendo: ***"El que habla, que lo haga como el que habla las palabras mismas de Dios. El que presta algún servicio, que lo haga como el que tiene la fuerza de Dios para hacerlo."*** (1Ped.4:11 NBV).

De hecho, todos los apóstoles y profetas, incluido Jesús mismo, se veían a sí mismos como portavoces de Dios, cuyo sagrado deber era hablar con valentía en nombre de Dios (Jer. 1: 9; 5:14; Juan 14:24; 2 Cor. 5:20).

La misma palabra predicar (del griego “*keruso*”) significa "proclamar como heraldo/emisario". En los tiempos bíblicos, los reyes y gobernantes tenían delegados especiales que anunciaban a la gente en su nombre. Sirvieron como embajadores cuyo trabajo era hablar en nombre del rey y decirle a la gente exactamente lo que él les decía que dijeran.

Como representantes del Rey de reyes, a los predicadores se les ha dado la responsabilidad y autoridad de anunciar con valentía lo que Dios ha dicho en Su Palabra. Pero los oyentes también tienen una responsabilidad, una que es igualmente urgente: deben comprometerse como oyentes sinceros y dispuestos a responder al llamado de Dios sobre toda la humanidad: “*Oíd, cielos, y escucha, tierra, porque el SEÑOR habla...*” (Isa.1:2 BLA)

A partir de aquí, exploraremos el llamado de Dios a escuchar su palabra. Empecemos por plantearnos una teología general del escuchar, la prescripción de una audiología bíblica. Una vez que se establezcan los cimientos, comenzaremos a ver cómo toda esta “teología acústica” debe funcionar en nuestro corazón, mente y vida.

Si eres como la mayoría de los cristianos, escuchas al menos uno o dos sermones a la semana. Digamos que te rendiste a Cristo a los diez años y vives hasta los setenta y cinco. Si oyes un promedio de dos sermones a la semana, escucharás más de siete mil sermones a lo largo de tu vida. Y al final de tu vida estarás ante Dios y darás cuenta de cada sermón que escuches. Ese día, Dios esencialmente te preguntará: "¿Cómo ha cambiado tu vida como resultado de las miles de veces que has escuchado la predicación de Mi Palabra?" –

Como verás, es vital que siempre recibas la Palabra de Dios y busques diligentemente poner en práctica lo que escuchas, demostrando así que eres un *"hacedor de la palabra, y no simplemente un oidor que se engaña a sí mismo"* (Santiago 1:22).

UN LLAMAMIENTO PARA LOS OYENTES

Aquellos que toman en serio el llamado de Dios a escuchar tendrán que permanecer nadando en oposición a las tendencias desalentadoras en la iglesia de hoy. A nuestro alrededor, la predicación clara, directa, convincente y autoritativa de la Palabra de Dios está siendo devaluada tanto por los que están en el púlpito como por los que están sentados en las bancas. El movimiento de igle-crecimiento que floreció durante los años ochentas y noventas llegó a la conclusión de que la predicación es una forma de comunicación obsoleta en nuestra sociedad tecnológicamente avanzada y conocedora de los medios de comunicación.

Las encuestas encontraron que la mayoría de los oyentes solo estaban interesados en escuchar mensajes divertidos y motivacionales que abordaran los problemas prácticos que enfrentan en la vida (relacionados con su cónyuge, criar hijos, sobrevivir a la soltería o a la etapa universitaria, luchar contra adicciones, etc.) - En los últimos años, el movimiento de la Iglesia Emergente ha minado aún más la predicación bíblica al declarar que la gente ya no reconoce la autoridad de la verdad proposicional o la autoridad del predicador.

En consecuencia, se dice que los predicadores deben hablar menos de manera autoritativa y agregar más diálogo, cambiar la confrontación bíblica por una mera conversación - Algunos en el movimiento han llegado a sostener que la forma tradicional de predicación caracterizada por declaraciones audaces es perjudicial para la iglesia.

Incluso hay quienes han llegado a quejarse de que el uso de un sistema de micrófonos y bocinas es “peligroso” y “opresivo” porque, según dicen, “crea una atmósfera en que los destinatarios son incapaces de responder – y lo que hace que esta situación sea aún más alarmante es que la persona que sostiene el micrófono es la misma que tiene la presunción de hablar en nombre de Dios”...

Pero, ¿No es esa precisamente la situación para la que se diseñó la iglesia? Se trata de una dupla dinámica de heraldos fieles y oyentes fervientes. George Whitfield, uno de los predicadores más dinámicos de todos los tiempos, dijo una vez: *"¡Si tan solo todos los que me escuchan este día aplicaran seriamente sus corazones para practicar lo que ahora se les ha dicho! ¡Cómo verían los ministros a Satanás, como un rayo, caer del cielo, y la gente encontraría la Palabra predicada más cortante que una espada de dos filos y poderosa, por obra de Dios, para derribar las fortalezas del diablo!"* Los tesalonicenses entendieron esta dinámica sobrenatural y les hizo tener un gran aprecio y afecto por la Palabra predicada. Les encantaba escuchar la predicación de Pablo. Se los podría describir verdaderamente como entusiastas de la predicación, incluso fanáticos de la predicación.

Agustín de Hipona instó a su congregación a asistir a la predicación con "sed ardiente y corazones fervientes". Del mismo modo, los puritanos comprendieron esta dinámica de la exposición bíblica, que cuando un hombre está predicando fielmente la Palabra de Dios, en realidad es la voz de Dios que está siendo escuchada, lo que debería hacer que prestes seria atención a cada sermón que escuchas.

Los feligreses deben disciplinarse y ocuparse diligentemente en apropiarse de un voraz apetito y un aprecio real por la palabra de Dios, así como de la predicación que está profundamente arraigada en la Biblia - las congregaciones nunca honran a Dios más que al escuchar con reverencia Su Palabra con el propósito pleno de alabarlo y obedecerlo una vez que ven lo que Él ha hecho y está haciendo, así como lo que están llamadas a hacer.

Mi anhelo al escribir estas páginas es animar a las congregaciones a apropiarse de una pasión por honrar a Dios siendo oidores perspicaces de Su Palabra, hacedores diligentes de Su Palabra y amantes devotos de Su Palabra – ovejas que aprecian la predicación; corderos que se amontonan en torno al púlpito como un rebaño sediento que anhela saciar su sed y cuyos corazones claman fervientemente por escuchar la Palabra predicada pues saben que en ella Dios les habla.

UNO
Audiología bíblica
UNA TEOLOGÍA DEL OYENTE

Poder escuchar es la provisión hecha para el bienestar eterno del alma, tu bienestar eterno depende de ello; si fracasas aquí, tu alma perece sin remedio. Porque la salvación viene por la fe y la fe por el oír. Escuchar a Dios es un acto de consecuencias eternas. Según nuestro oído, así será el estado de nuestras almas por la eternidad.

- David Clarkson

Por tanto, todo el que invoque el nombre del Señor se salvará. ¹⁴ Ahora bien, ¿cómo van a invocar a aquel en quien no creen? ¿Y cómo van a creer en él si no han oído su mensaje? ¿Y cómo van a oír su mensaje si nadie lo proclama? ¹⁵ ¿Y cómo lo van proclamar si no son enviados? Por eso dice la Escritura: ¡Qué hermosos son los pies de los que anuncian buenas noticias! ¹⁶ Pero no todos han aceptado la buena noticia. Lo dice Isaías: Señor, ¿quién ha creído nuestra proclamación? ¹⁷ En todo caso, la fe surge de la proclamación, y la proclamación se realiza mediante la palabra de Cristo.

Romanos 10:13-17 BLPH

Escuchar es algo importantísimo. El apóstol Pablo dice que se requiere oír para que tengamos fe. La fe proviene del oído. Sin embargo, oír no es suficiente. Se requiere que también haya atención, y no todos los que escuchan prestan atención. Es decir, incluso si los billones de pequeñas pulsaciones de la presión del aire llegan a la maquinaria minuciosamente intrincada en su oído interno, donde se traducen delicadamente en palabras que forman ideas en el cerebro, es posible que a pesar de esto, en realidad no escuchemos con atención. La persona puede optar por no hacer nada con la información que escucha.

De hecho, puede haber varios “problemas de audición”. Puede ser que carezcas de discernimiento para saber si estás escuchando o no una predicación bíblica. Quizás estés escuchando una predicación que harías mejor en ignorar. Quizás has buscado una predicación que solo te haga sentirse más seguro de ti mismo pero que no demande tu compromiso. O quizás la predicación sea buena, pero el problema está en ti - Estás agotado escuchando - Parece que todo lo que haces es escuchar, mientras experimentas poco crecimiento y cambio en tu vida. Semana tras semana, los buenos sermones entran por un oído y salen por el otro sin llegar a penetrar en tu mente o perforar tu corazón y transformar tu vida. Tal vez tengas el discernimiento y el deseo de obedecer, pero estás escuchando y mirando tantas otras cosas durante la semana que te has acostumbrado a escuchar solo la mitad de las cosas a fin de hacer muchas cosas a la vez, y ese mismo hábito lo reproduces los domingos por la mañana mientras oyes el sermón y piensas a la vez en otros asuntos. Todos estos problemas de audición son el resultado de no haber sido entrenados para apreciar la predicación y apropiarnos prácticamente de la Palabra de Dios.

Necesitamos instrucción teológica y práctica en el área de escuchar con eficacia la predicación de la Palabra. Convertirse en un mejor oyente comienza por establecer una teología básica del escuchar, una audiología bíblica.¹

Esto debería ser sencillo de formular, ya que escuchar es un tema dominante en las Escrituras. Casi todos los libros de la Biblia contienen alguna referencia a escuchar y obedecer la Palabra de Dios. Desde el Génesis hasta el Apocalipsis, a través de los poetas y profetas del Antiguo Testamento y de Cristo, así como los apóstoles en el Nuevo Testamento, Dios nos invita a escucharlo y prestarle atención.

¹ La audiología es una rama de la ciencia que estudia diversas patologías relacionadas con el oído. La audición del ser humano es sumamente compleja, durante el proceso de la audición el sonido es convertido de variaciones en la presión del aire a una serie de impulsos nerviosos; por lo que se puede decir que el sonido no solo es un proceso físico sino también mental.

El Dios de la Biblia nos ordena que escuchemos lo que ha dicho, y amenaza con castigarnos si no lo hacemos, mientras promete bendiciones si lo hacemos. El patrón es bastante recurrente, que difícilmente puede ignorarse: MANDAMIENTO – ADVERTENCIA – PROMESA – siempre acompañado de ejemplos, narraciones que describen a los que se esforzaron por obedecer a Dios - Enoc, Abraham, Esteban - y así como los anti-ejemplos de quienes no lo hicieron-Adán, Faraón, Judas. Podríamos sistematizar todo lo que la Biblia enseña sobre el tema de las verdades teológicas, de la siguiente manera:

- 1. Dios ha hablado y nos ordena escuchar y obedecer lo que Él ha dicho.**
- 2. Todos fallamos en escuchar y obedecer a Dios y merecemos su castigo.**
- 3. Dios nos provee la capacidad de escucharlo y obedecerlo por Su Espíritu Santo, a quien recibimos mediante la fe en Jesucristo.**
- 4. Dios promete bendecirnos ahora y por toda la eternidad si lo escuchamos y obedecemos.**

Observe cómo cada una de estas declaraciones está relacionada con varios otros temas teológicos clave en las Escrituras. La primera declaración se relaciona con la doctrina de Dios y Su Palabra. La segunda declaración se relaciona con la naturaleza del hombre y el pecado. La tercera declaración se relaciona con la naturaleza de la salvación, el Espíritu Santo y Jesucristo. Y la cuarta declaración se relaciona con la santificación y las cosas futuras.

De modo que la teología del oyente se superpone y se entremezcla con prácticamente todos los aspectos de la teología sistemática. ¡Es casi como si la teología del oído comprendiera todo un catecismo o una declaración de fe!

Echemos un vistazo a estas breves declaraciones teológicas acerca del oír, una por una.

1. DIOS HA HABLADO Y NOS MANDA A ESCUCHAR Y OBEDECER LO QUE ÉL HA DICHO.

Motivado por el deseo de tener una relación con la humanidad a través de la cual Él pudiera mostrar Su gloria, Dios, el creador y sustentador del universo, nos dio Su Palabra, la Biblia, para revelarnos lo que necesitamos saber y hacer para poder tener una relación con él. Durante un período de mil quinientos años (1400 a.C.-90 d.C.), Dios eligió aproximadamente a cuarenta hombres a través de los cuales habló.

El libro de Hebreos comienza con estas palabras: ***“Dios habló en otro tiempo a nuestros antepasados por medio de los profetas, y lo hizo en distintas ocasiones y de múltiples maneras. Ahora, llegada la etapa final, nos ha hablado por medio del Hijo...”*** (Heb.1.1-2 BLPH)

Bajo la supervisión y dirección del Espíritu Santo, hombres como Job, Moisés, Josué, Samuel, Esdras, Nehemías, David, Salomón, Isaías, Jeremías, Daniel, Mateo, Marcos, Lucas, Juan, Pedro y Pablo escribieron palabra por palabra todo lo que Dios quería que supiéramos e hiciéramos.

Pedro dijo: ***“Sobre todo, deben entender que ninguna profecía aparece en la Escritura por el deseo propio del profeta.²¹ Ninguna profecía fue dicha por el impulso de algún hombre. Todo lo contrario, los profetas hablaron de parte de Dios, guiados por el Espíritu Santo”*** (2 Pedro 1:20-21 PDT)

Este proceso que Dios usó para "exhalar" Su Palabra a la humanidad se conoce como la **“inspiración verbal y plenaria de las Escrituras”** (2 Timoteo 3:16-17). Lo que eso significa es que todas y cada una de las palabras de la Biblia son exactamente lo que Dios quería que se dijera. En otras palabras, la Biblia es la mismísima palabra de Dios y, por lo tanto, es absolutamente verdadera y confiable. Ya que Dios ha hablado y Sus palabras han sido registradas con precisión y preservadas de manera segura dentro de las páginas de las Escrituras, podemos afirmar con confianza que "cuando la Biblia habla, ¡Dios habla!"

Esto también significa que cuando un predicador predica fielmente la Biblia, es Dios quien habla y no el predicador (Juan 14:24; Hechos 13:7, 44). En virtud del hecho de que Dios es quien habló las palabras que nos son expuestas en la predicación, debemos escuchar y obedecer - es Su Palabra.

Así como un niño debe escuchar y obedecer lo que sus padres dicen por el simple hecho de que esto es lo correcto por quienes ellos son (Efesios 6:1-2), debemos escuchar y obedecer lo que nuestro Padre celestial ha dicho debido a quién es Él. La Palabra de Dios es una expresión de todo lo que Él es. Dios pronunció Su Palabra para que sepamos de Su gloria, Su amor, Su gracia, Su misericordia, Su poder, Su ira, Su justicia, Su bondad, Su fidelidad, etc. El carácter de Dios es inherente a Su Palabra (Sal. 138:2).

Lo que hace que la Biblia sea poderosa y le da la capacidad de cercenar nuestros corazones con tal precisión y discernir con tanta precisión cada hebra de nuestras vidas es porque es la Palabra del Todopoderoso y Omnisciente Dios.

La palabra de Dios vive, es poderosa y es más cortante que cualquier espada de dos filos, penetra tan profundo que divide el alma y el espíritu, las coyunturas y los huesos, y juzga los pensamientos y sentimientos de nuestro corazón. ¹³No hay nada creado en el mundo que se pueda esconder de Dios; todo está desnudo y expuesto a su vista. Es a él a quien tendremos que rendirle cuentas de nuestra vida. (Heb.4:12-13 PDT).

Siempre que estamos expuestos a la Palabra de Dios, estamos siendo expuestos ante Dios mismo (1 Corintios 14:24-25) – Todo esto debería ser suficiente motivación para llevarnos a honrar y obedecer la Palabra de Dios. Esta fue la convicción de aquellos a quienes Dios llamó a predicar su Palabra tanto en el antiguo como en el nuevo testamento. Frecuentemente su mensaje comenzaba con la expresión “¡Así dice el Señor...!” o “¡Escuchen la palabra del Señor!” Fue a través de estos portavoces que Dios no solo nos habló, sino que también nos ordenó escuchar y obedecer.

Note solo algunos de los muchos mandamientos a través de la Biblia para escuchar y obedecer:

“Escucha, Israel, las normas y preceptos que yo les promulgo hoy. Apréndanlos y pongan atención en cumplirlos”

(Deut. 5:1 BLPH)

“»Escúchame, pueblo mío, en tanto te doy severas advertencias. ¡Oh Israel, si tan solo me escucharas!... ¡Oh, si mi pueblo me escuchara! ¡Oh, si Israel me siguiera y caminara por mis senderos! (Sal. 81: 8, 13 NTV)

“Mientras él aún hablaba, de pronto una nube brillante les hizo sombra, y he aquí salió una voz de la nube diciendo: “Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia. A él oigan”

(Mat.17:5 RVA)

En virtud del hecho de que Dios es el que habla, debemos escuchar y obedecer. En todas partes, la Biblia afirma el hecho de que la palabra de Dios es inmutable (no cambia), eterna, vivificante y transformadora – y por eso mismo haríamos bien en escucharla (Isa.40: 5, 8; 51:4; 55:10-11; Jer.23:29; Heb.4:12).

De hecho, qué tan bienaventurada llega a ser nuestra vida y qué tan bien termina nuestra historia está determinado por qué tan bien escuchamos y obedecemos la Palabra de Dios. Dios le dijo a Israel que su supervivencia espiritual estaba en juego en función de si hacían o no lo que Él les dijo.

Tal como Deuteronomio 6:24 lo dice: ***“Y el SEÑOR nos mandó que pusiéramos por obra todas estas leyes y que temiéramos al SEÑOR nuestro Dios, para que nos fuera bien todos los días y para conservarnos la vida...”*** (RVA)

Varias veces, Dios le dijo a Israel que escuchar y obedecer Su Palabra era una cuestión de vida o muerte para ellos (Deut.4:1; 8:3).

En Deuteronomio 30:19-20, Dios dijo: “...**he puesto delante de ustedes la vida y la muerte, la bendición y la maldición. Escoge, pues, la vida para que vivas, tú y tus descendientes, amando al SEÑOR tu Dios, escuchando su voz y siéndole fiel. Porque él es tu vida y la prolongación de tus días...**” (RVA)

El elemento clave del ministerio de Moisés consistió en ayudar al pueblo de Dios a hacer la conexión vital entre la obediencia a Su palabra y la vida bendecida bajo la misericordia de Dios. Después de todo, “**no solo de pan vivirá el hombre, sino que el hombre vivirá de toda palabra que sale de la boca del SEÑOR**” (Deut.8:3 RVA)

Pero Dios extiende Su Palabra y Su llamado a la obediencia incluso más allá del pueblo de Israel. Él llama a toda la humanidad, con la autoridad que le pertenece como creador soberano: “**Óiganme atentamente y coman del bien, y su alma se deleitará con manjares. Inclinen sus oídos y vengan a mí; escuchen, y vivirá su alma**” (Isa.55:2-3 RVA).

Solo Dios puede garantizar los buenos resultados de la obediencia a sus propios mandamientos. Jesús extendió la bendición al establecer la relación entre el escuchar su palabra en obediencia con nuestro destino eterno diciendo “**De cierto, de cierto les digo que el que oye mi palabra y cree al que me envió tiene vida eterna. El tal no viene a condenación sino que ha pasado de muerte a vida. De cierto, de cierto les digo que viene la hora, y ahora es, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios, y los que oyen vivirán**” (Juan 5: 24-25 RVA)

Más tarde dijo: “**Las palabras que yo les he hablado son espíritu y son vida**” (Juan 6:63). Cuando Jesús preguntó a los discípulos si iban a apartarse de Él como tantos otros lo habían hecho, Pedro respondió: “**Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna**” (Juan 6:68 RVA).

Escuchar y obedecer a Dios es la clave para establecer y mantener una relación con Él que resulte en una vida bienaventurada ahora y asegure la vida eterna en gloria.

Pero el problema es que ninguno de nosotros alcanza a escuchar y obedecer la palabra de Dios como él lo ha ordenado.

2. TODOS FALLAMOS EN ESCUCHAR Y OBEDECER A DIOS Y MERECEMOS SU CASTIGO.

Desde el principio, la humanidad no ha escuchado ni obedecido lo que Dios ha dicho. Adán y Eva desobedecieron a las primeras palabras que Dios pronunció a la humanidad. Al crear a Adán y Eva y alojarlos en huerto de Edén, Dios claramente les dijo qué hacer y qué no hacer: **«Puedes comer libremente del fruto de cualquier árbol del huerto, excepto del árbol del conocimiento del bien y del mal. Si comes de su fruto, sin duda morirás»**. (Gen.2:16-17 NTV)

Pero llegó Satanás e inclinó el oído de Eva, quien decidió escuchar lo que el maligno decía en lugar de lo que Dios había dicho (Gen.3:1-6). La desobediencia de Adán y Eva causó una separación espiritual en su relación con Dios. Como resultado, Dios los maldijo y los desterró del Huerto.

¡Qué irónico y trágico, que las criaturas hechas a imagen de Dios no le prestaron atención a Sus primeras palabras! El pecado original resultó del no escuchar y obedecer lo que Dios había dicho. Desde entonces, toda persona que ha vivido ha sido corrompida por el pecado y separada de Dios (Rom.5:12). Todos nacemos con una naturaleza pecaminosa que nos mantiene espiritualmente muertos y por lo tanto incapaces de oír (Sal.51:5; Ef.2:1-3).

Un hombre muerto no puede oír nada. Al describir el pecaminosidad de la humanidad, David escribió: **“Los perversos se corrompen desde que nacen; los mentirosos se descarrían desde el vientre materno. Su veneno es como el de las serpientes, como el de una cobra sorda que cierra su oído, para no oír la música de los encantadores, ni siquiera del encantador más hábil”** (Sal.58:3-5 PDT).

Todos estamos por naturaleza separados de Dios y con problemas de audición. El puritano Thomas Shepard escribió: "Desde esa gran distancia e infinita separación de las almas de los hombres de Dios, aunque Dios llama, no pueden oír a miles de kilómetros de distancia"

La doctrina de la ***depravación total***, mejor entendida como incapacidad, nos lleva a la conclusión de que todas nuestras facultades han sido arruinadas por el pecado, desde nuestra capacidad de pensar y razonar hasta nuestra capacidad de escuchar. No queremos escuchar a Dios y, además, no podemos. Romanos 8:7-8 dice que: ***“ya que la mente puesta en la carne es enemiga de Dios, porque no se sujeta a la ley de Dios, pues ni siquiera puede hacerlo, y los que están en la carne no pueden agradar a Dios”*** (BLA)

Debido a esta naturaleza corrompida, somos antagonistas a la Palabra de Dios. Nuestra rebeldía pecaminosa nos vuelve tercos y testarudos del escuchar a Dios. No queremos ni relacionarnos con Él, ni someternos a Él - mucho menos podemos comprender correctamente lo que él ha dicho.

Y no es solo que tengamos dificultades para prestar atención a Dios. Uno de los efectos más básicos de la Caída es nuestra incapacidad para comprender, y mucho menos hacer, lo que Dios ha dicho. Jesús dijo: ***“¿Por qué no entendéis lo que digo^[m]? Porque no podéis oír mi palabra... El que es de Dios escucha las palabras de Dios; por eso vosotros no escucháis, porque no sois de Dios”***. (Juan 8:43, 47 BLA).

Pablo afirmó la incapacidad del hombre natural para comprender la Palabra de Dios: ***“No hay quien entienda, no hay quien busque a Dios”*** (Rom.3:11). Así mismo dijo que todos los hombres están ***"entenebrecidos en su entendimiento"*** (Ef.4:18) – y advirtió que ***"La palabra de la cruz es locura para los que se pierden"*** (1Cor.1:18). En otras palabras, el mensaje del evangelio no tiene ningún sentido para aquellos que permanecen en su estado natural de pecado.

La razón de esta falta de sentido e interés en la palabra de Dios es que ***“Los que no tienen el Espíritu de Dios no aceptan las enseñanzas espirituales, pues las consideran una tontería. Y tampoco pueden entenderlas, porque no tienen el Espíritu de Dios”*** (1Cor.2:14 TLA).

El Espíritu de Dios es quien nos capacita para escuchar y comprender lo que Dios ha dicho en Su Palabra. Todos nacemos sin este componente clave que nos permite escuchar la Palabra de Dios. Es como si nos hubieran conectado con un receptor de AM, pero Dios está transmitiendo en FM.

Sin la presencia resplandeciente e iluminadora del Espíritu Santo en nuestras vidas, todo lo que podemos captar es estática y ruido. Es por eso que la Biblia y la predicación no tienen sentido para los incrédulos. Todo lo que hace es desconcertarlos, aburrirlos o enfurecerlos.

Incluso los creyentes que de hecho, ya tienen al Espíritu Santo obrando dentro de ellos, todavía luchan con lo que uno de mis profesores de seminario llamó "una resaca hamartílica"². Según el registro de las Escrituras, el pueblo de Dios es el peor de los culpables del cargo de no escuchar ni obedecer Su Palabra.

Considere algunos de los ejemplos del Antiguo Testamento de aquellos que no escucharon ni obedecieron la Palabra de Dios:

Pues los hijos de Israel anduvieron por el desierto cuarenta años, hasta que pereció toda la nación, es decir, los hombres de guerra que salieron de Egipto, porque no escucharon la voz del SEÑOR; a ellos el SEÑOR les juró que no les permitiría ver la tierra que el SEÑOR había jurado a sus padres. (Josué 5:6 BLA)

² Del griego "hamartía" que significa "pecado"

Id, consultad al SEÑOR por mí, por el pueblo y por todo Judá acerca de las palabras de este libro que se ha encontrado, porque grande es la ira del SEÑOR que se ha encendido contra nosotros, por cuanto nuestros padres no han escuchado las palabras de este libro, haciendo conforme a todo lo que está escrito de nosotros.

(2 Reyes 22:13 BLA)

¿A quiénes hablaré y advertiré, para que oigan? He aquí, sus oídos están cerrados, y no pueden escuchar. He aquí, la palabra del SEÑOR les es oprobio; no se deleitan en ella ...puse centinelas sobre vosotros, que dijeran: «Escuchad el sonido de la trompeta». Pero dijeron: «No escucharemos». (Jer.6:10-17 BLA)

Todo el Antiguo Testamento es un comentario largo y triste sobre el deseo de Dios de ser escuchado y la falta de atención de Su pueblo. Al resumir la historia de la nación de Israel, uno casi podría decir que el epitafio grabado en la lápida de la nación era: “El Señor Dios habló a su pueblo, pero ellos se negaron a escuchar”. La nación de Israel es un trágico ejemplo de lo que sucede cuando las personas no escuchan la Palabra de Dios. Eran tercos y obstinados y se negaron a usar los oídos que Dios les había dado. Como resultado, Dios cumplió sus muchas advertencias de juicio y castigo:

Como las naciones que el SEÑOR destruye delante de vosotros, así pereceréis, porque no oísteis la voz del SEÑOR vuestro Dios.

(Deut.8:20 BLA)

Pero si no escucháis la voz del SEÑOR, sino que os rebeláis contra el mandamiento del SEÑOR, entonces la mano del SEÑOR estará contra vosotros, como estuvo contra vuestros padres. (1Sam.12:15 BLA)

...también yo escogeré sus castigos, y traeré sobre ellos lo que temen. Porque llamé, mas nadie respondió, hablé, mas no escucharon; sino que hicieron lo malo ante mis ojos, y escogieron aquello que no me complacía. (Isa.66:4 BLA)

En el Nuevo Testamento, Jesús amenazó con un juicio similar a aquellos que rechazaban sus palabras y no obedecían a su voz. Comparó a sus opositores con un hombre que construyó su casa sobre la arena y una violenta tormenta la destruyó por completo (Mateo 7:24-27; Lucas 6:46-49).

Esto es lo que le pasará a todo el que no escuche ni obedezca las palabras de Cristo; en el Día del Juicio, cuando la ira de Dios se derrame sobre la tierra, sus vidas serán borradas y sus almas experimentarán la separación eterna de Dios. El infierno está lleno de personas que debían haber escuchado y obedecido.

Considere algunos ejemplos del Nuevo Testamento de personas que no escucharon ni obedecieron la Palabra de Dios:

“Por eso les hablo por medio de parábolas, porque, aunque miran, no ven, y aunque escuchan, no oyen ni entienden”
(Mat.13:13 BLPH)

“Ya se lo he dicho a ustedes y no me han hecho caso; ¿para qué quieren oírlo otra vez? ¿O es que quieren también ustedes hacerse discípulos suyos?” (Juan 9:27 BLPH)

Sobre este tema es mucho lo que nos resta por decir, pero resulta complicado ya que ustedes se han vuelto reacios a escuchar.
(Hebreos 5:11 BLPH)

Qué asombroso y perturbador, que un requisito tan básico para la vida y el bienestar en el universo de Dios, es a la vez algo tan difícil de cumplir para la humanidad - El profeta Isaías lo lamentó de esta manera: ***“Oye, cielo; escucha, tierra, porque va a hablar el Señor: hijos hermosos crié, que se han vuelto contra mí. El buey conoce a su dueño, el asno, el pesebre del amo; pero Israel no conoce, mi pueblo no entiende”*** (Isa.1:2-3 BLPH)

Hasta una bestia de carga se somete a su amo, pero los propios hijos de Dios se le rebelan.

No es de extrañar que la paciencia de Dios no dure para siempre. El eventual castigo por no escuchar a Dios es que Dios no escuchará nuestra voz. Dios amenaza con que si no lo escuchamos, puede llegar el día en que ya no nos escuche (Deut.1:43-45; Prov.28:9; Jer.11:14; Zac.7:13). Quizás no hay mayor incentivo para escuchar y obedecer la Palabra de Dios que este.

3. DIOS NOS PROVEE LA CAPACIDAD DE ESCUCHARLO Y OBEDECERLO POR SU ESPÍRITU SANTO, A QUIEN RECIBIMOS MEDIANTE LA FE EN JESUCRISTO.

Todos somos terribles y pésimos oyentes que, como resultado de la Caída, hemos sido incapaces de comprender y obedecer lo que Dios ha dicho en Su Palabra. Es imposible para nosotros comprender y cumplir con la Palabra de Dios sin la ayuda del Espíritu Santo (1Cor.2:11-14).

El Espíritu de Dios es indispensable para que podamos recibir y aplicar la Palabra de Dios. Por eso es imperativo que entendamos la obra regeneradora e iluminadora del Espíritu Santo.

Para poder escuchar y prestar atención a la Palabra de Dios, primero debemos ser regenerados por el Espíritu Santo. Jesús comparó el proceso de regeneración con el acto de nacer de nuevo, no físicamente, sino espiritualmente (Juan 3:3-8). Renacer es un acto sobrenatural del Espíritu de Dios mediante el cual Él concede vida espiritual a los que están muertos en pecado y los transforma en una persona totalmente nueva (Efesios 2:1-6).

La herramienta que el Espíritu Santo usa para traer a la vida a personas espiritualmente muertas es la Palabra de Dios (Efesios 1:13; 6:17, Santiago 1:18, 1 Pedro 1:23). Una persona es regenerada cuando el Espíritu Santo la convence de su pecado y la convence de que debe vestirse con la justicia de Jesucristo para escapar del juicio venidero de Dios (Juan 16: 8).

En el momento en que una persona nace de nuevo, el Espíritu Santo le da una nueva naturaleza, que es evidente por la transformación que comienza a tener lugar en su vida (Rom.12:2; Ef.4:22-24; Tito 3: 5). Y una de las evidencias más claras de que una persona verdaderamente ha nacido de nuevo es el amor por la Palabra de Dios. Antes de que el Espíritu nos regenere, la predicación nos desconcierta y nos aburre. Pero una vez que somos salvos, de repente la Biblia tiene sentido para nosotros; se vuelve interesante y comienza a tener un efecto transformador en nuestras vidas.

Hay personas que asisten a iglesias en todo el mundo que han ido a la iglesia toda su vida pero tienen poco o ningún interés en la predicación de la Palabra de Dios - Eso es evidencia de que nunca han nacido de nuevo verdaderamente. Es posible que hayan hecho una profesión de fe en Cristo, pero realmente no lo conocen como su Señor y Salvador.

Conocer a Jesucristo es el prerrequisito indispensable para poder recibir y responder a lo que Dios ha dicho en su Palabra. Jesús mismo dijo: **"Mi madre y mis hermanos son quienes oyen la palabra de Dios y la cumplen"** (Lucas 8:21). A Jesús no se le engaña, él dijo a los líderes religiosos de su época: **"Sé que sois descendientes de Abraham; sin embargo, procuráis matarme, porque mi palabra no tiene cabida en vosotros"** (Juan 8:37). En el mismo contexto dijo: **"El que es de Dios, oye las palabras de Dios; por eso ustedes no las escuchan, porque no son de Dios"** (Juan 8:47). De modo que, para ser "de Dios" y escuchar y obedecer "la Palabra de Dios" necesitamos nacer de nuevo (Juan 18:37; 1Tes. 2:13; Heb.4:2; 1 Juan 4:5- 6).

Después de regenerarnos, el Espíritu de Dios se instala dentro de nosotros. Antes de que Jesús regresara al cielo, prometió enviar al Espíritu Santo para ayudar a sus seguidores a aprender y vivir sus palabras (Juan 14:16; 16:12-15; 1 Juan 2:27).

Es la presencia permanente del Espíritu Santo la que nos hace no solo querer escuchar la verdad de la Palabra de Dios, sino también poder entenderla y practicarla. Esta obra continua del Espíritu Santo en la vida del creyente se llama *iluminación*.

La iluminación es el ministerio del Espíritu Santo mediante el cual Él alumbró la vida de los creyentes, capacitándolos para comprender y aplicar la Palabra a su vida.

En el momento en que nacemos de nuevo, es como si nos dieran un nuevo par de audífonos o un nuevo par de anteojos que nos permiten escuchar y ver en la Palabra de Dios, lo que antes no podíamos hacer. A partir de entonces, no solo somos capaces de comprender lo que Dios ha dicho, sino que el Espíritu Santo que ahora mora en nosotros quien también nos convence de lo que dice la Palabra de Dios y nos persuade de ello, además de conformar nuestra vida a la voluntad de Dios. Es por eso que cada vez que estamos expuestos a la Palabra de Dios, necesitamos ser conscientes de nuestra dependencia del Espíritu de Dios y pedirle que ilumine nuestra mente y corazón para que entendamos lo que su palabra significa y cómo se aplica. ¿Quién mejor que el Espíritu Santo para pedirle que nos ayude a interpretar con precisión e implementar de manera práctica la Palabra que Él mismo inspiró?

Así que no podemos escuchar y obedecer la Palabra de Dios sin el ministerio regenerador e iluminador del Espíritu Santo. Sorprendentemente, no recibimos el Espíritu Santo hasta que recibimos a Jesucristo, y no podemos recibir a Jesucristo a menos que recibamos la Palabra de Dios, y no recibiremos la Palabra de Dios a menos que el Espíritu Santo abra nuestros oídos - y Él los abre y cierra como le place (Ex.4:11; Prov.20:12; Deut.29: 4; Job 33:16; 36:10-12, 15; Sal.40:6; Mar.7:37; Rom.11:8).

Entonces, si bien es cierto que nuestra capacidad de escuchar la palabra de Cristo es el vínculo entre la revelación de Dios y la salvación de nuestra alma, es igualmente cierto que dependemos completamente de la soberanía de Dios para que todo funcione.

A veces, Dios envía Su Palabra con el propósito de endurecer y condenar a las personas en lugar de ablandarlas, salvarlas y santificarlas (Isa.55:10-11; 2Cor.2:15-17).

Es por todo esto que debemos clamar urgentemente a Dios suplicando que abra nuestros oídos para que podamos escuchar y prestar atención a Su Palabra (Isaías 50:4-5), particularmente a la luz del hecho de que nuestra vida misma y nuestro destino eterno dependen de ello.

4. DIOS PROMETE BENDECIRNOS AHORA Y POR TODA LA ETERNIDAD SI LO ESCUCHAMOS Y OBEDECEMOS.

Como mencioné anteriormente, la forma en que respondemos a lo que Dios ha dicho en la Biblia es lo que en última instancia determina el tipo de vida que vivimos aquí en la tierra y dónde pasaremos la eternidad. Escuchar y obedecer a Dios es la clave para experimentar una vida bendecida ahora y pasar la eternidad con Él en gloriosa e inagotable dicha.

No escucharlo ni obedecerlo resulta en la tragedia de vivir una vida sin Su ayuda, carentes de esperanza y luego ser separado de Él para siempre en el infierno.

Considere solo algunas de las muchas promesas en la Biblia para aquellos que escuchan y obedecen:

Y será que, si escuchareis cuidadosamente mis mandamientos que yo os mando hoy, amando al SEÑOR vuestro Dios, y sirviéndole con todo vuestro corazón, y con toda vuestra alma, yo daré la lluvia de vuestra tierra en su tiempo, la temprana y la tardía; y cogerás tu grano, y tu vino, y tu aceite. Y daré hierba en tu tierra para tus bestias; y comerás, y te saciarás. (Deut.11:13-15 BDJ)

Mas el que me oyere, habitará confiadamente, y vivirá reposado del temor del mal. (Prov.1:33 BDJ)

Y él dijo: Antes bienaventurados los que oyen la palabra de Dios, y la guardan. (Luc.11.28 BDJ)

Ahí lo tiene: una audiología bíblica.

Estos cuatro principios forman una base teológica del escuchar sobre la que se construye el resto de la instrucción práctica de este libro.

A medida que avancemos, buscaré ayudarlo a diagnosticar y tratar sus problemas de audición. La primera y más crítica área que debemos abordar es, por supuesto, su corazón, porque "*de él mana la vida*" (Prov. 4:23). Generalmente, los problemas de audición son también problemas cardíacos.

PARA ESTUDIO O DISCUSIÓN

1. De todas las referencias bíblicas expuestas aquí referentes a oír, escuchar y obedecer la palabra de Dios, ¿Cuáles te son más convincentes? ¿Los mandamientos, las advertencias, las promesas o los ejemplos? ¿Por qué?
2. Lea el Salmo 58:3-5; Juan 8:43, 47; Romanos 3:11; 8:7-8; 1 Corintios 1:18; 2:14. ¿Cómo ha afectado la depravación total nuestra capacidad para escuchar y obedecer la Palabra de Dios?
3. Lea Deuteronomio 8:3; 30:19-20; Isaías 55: 2-3; Juan 5:24-25; 6:63, 68. ¿Cuál es la conexión en estos versículos entre escuchar y su vida aquí en la tierra, así como su destino eterno?

*Gracias a Dios por abrir misericordiosamente
nuestros oídos para poder escuchar y obedecer
Su Palabra y permitirnos tener una relación con Él.
Ruega por Su ayuda para aprender a escuchar Su Palabra
como si fuera lo más importante; porque efectivamente
tu vida y la eternidad dependen de ello.*